

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

POSICIÓN FÁCTICA Y POLÉMICA
DE DOS MUNDOS HOSTILES

ENTRE los temas abordados en la X sesión del Consejo del Atlántico celebrada en París figura, como en las anteriores, el concerniente a la fortaleza militar de Rusia y a la determinación de las posibles intenciones de la U. R. S. S. Tales problemas parecen constituir motivo a la vez de obsesión e inquietud destacada en los medios de la llamada comunidad atlántica, y semejante y simbólica reiteración bien merece por nuestra parte unos comentarios.

Foster Dulles, en un extenso y denso artículo publicado en la revista norteamericana *Life* (19 mayo 1952), trabajo que ahora adquiere especial relieve por cuanto su autor en 20 de enero de 1953 desempeñará el cargo de secretario de Estado, nos decía, entre otras cosas, que lo dinámico prima siempre respecto de lo estático, lo activo sobre lo pasivo, y en apoyo de tal afirmación citaba unas palabras escritas por Demóstenes, exhumadas por el embajador de la India, Monicher R. Masani, y después citadas con reiteración por cronistas de política internacional. La versión que se nos ofrece de las mismas es fragmentaria, por lo cual queremos brindárselas al lector de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS traducidas al castellano en su integridad: «Si cuanto uno omite para no molestar, lo omitieran también los hechos, habría que hablar con gusto al pueblo; pero si las palabras agradables, no siendo convenientes, resultan dañosas, es vergonzoso engañarse, y dificultando todo lo que consideramos difícil, llegamos tarde a todas partes, y no deducir que los que usan bien de la guerra no deben marchar a remolque de los hechos, sino adelantarse a ellos, y del mismo

modo que se solicitaría del general que dirija los ejércitos, así también los que deliberan deben dirigir los hechos para que se realice lo que a ellos les parezca bien y no se vean forzados a marchar a remolque de los acontecimientos. Vosotros, los atenienses, teniendo más fuerza que todos, trirremes, hoplitas, caballería, recursos, hasta hoy nada de esto habéis usado jamás en lo necesario y poco os falta para guerrear contra Filipo como guerrear los bárbaros. Porque entre éstos, el golpeado se atiene al golpe, y si se le pega en otra parte, allí van sus manos; pero ni sabe, ni quiere defenderse, ni mirar al contrario; y vosotros, si sabéis que Filipo está en el Quersoneso, acordáis llevar allí el auxilio; si en Pilas, acudís allí, y si en otra cualquier parte, corréis arriba y abajo y sois juguete de su estrategia; mas nada habéis acordado vosotros mismos que convenga a la guerra, ni habéis previsto nada con anterioridad a los hechos hasta no saber que algo ha ocurrido o está ocurriendo. Esto quizá fuese posible en otro tiempo, pero ahora llegáis a un momento crítico y ya no cabe hacerlo.» (Demóstenes, *Contra Filipo*. Filípica 1.ª, 38-41. Edición de Teubner.)

Las anteriores palabras parecen haber sido escritas en cuanto intento exegético para esclarecer lo que encierra como contenido el problema planteado entre Rusia y el mundo occidental y nos llevan a la conclusión de que, al menos hasta el presente, la fuerza activa y dinámica de que habla Foster Dulles, está de parte de Rusia, y la tendencia estática, pasiva y meramente reactiva, se encarna en el mundo occidental, representando los Estados de la Comunidad Atlántica un papel semejante al desempeñado por los atenienses respecto de Filipo de Macedonia. Ahora bien; una cosa es determinar de qué parte discrepante está la iniciativa y otra muy distinta el indagar respecto a las causas explicativas del por qué ésta se vinculó, hace siglos, en la persona del padre de Alejandro de Macedonia y actualmente en José Stalin, y por qué motivos los Estados de Occidente están representando el triste papel que Demóstenes reprochaba a los atenienses. Creemos que en una y otra experiencia histórica, si bien se aprecia similitud en cuanto a las respectivas reacciones de los estáticos y los dinámicos, las causas que engendran unas y otras obedecen a motivos distintos, característica que no sólo explica el puro transcurso de los siglos, sino igualmente las circunstancias. En lo que atañe a ese contraste que se aprecia entre los que en la hora presente marchan a remolque y aquellos que fijan el rumbo y retienen la iniciativa, considera-

mos que concurren razones explicativas, unas de índole geopolítica, otras de significación específicamente política, respecto a estos modernos atenienses y macedonios. Unas son de índole geopolítica y, en calidad de tales, no susceptibles de modificación por la sola acción y proyección de la voluntad humana; otras, posiblemente transformables si un día los aliados occidentales logran percibir de manera clara hacia dónde deben dirigir sus pasos con vistas al logro de su bien común. Examinemos cada uno de ambos factores separadamente.

Con mayor o menor acierto, extrayendo más o menos acentuadas ventajas de su posición, sumando éxitos más ocasionales que perdurables, es evidente que las normas geopolíticas aplicables a cada uno de los bloques en posición de discrepancia varían en cuanto a coyunturas, en la misma medida en que Rusia es hoy núcleo y astro de primera magnitud de un sistema geocrático y Norteamérica protagonista destacado de un mundo acentuadamente talasocrático. Rusia, por su condición de geogracia y de acuerdo con las normas geopolíticas a la U. R. S. S. aplicables, puede actuar desde sus líneas interiores en un movimiento de presión del centro hacia la periferia, acentuando esa gravitación sobre aquellos puntos terminales geográficos que más sirvan de elemento instrumental para alcanzar sus designios, consistentes en sembrar la perplejidad y la desorientación entre sus adversarios occidentales y llevándolos a la melancólica conclusión de que su papel se reduce a pluralizar la acción de los atenienses respecto de Filipo, a derecha e izquierda, a situarse como taponadores de los abscesos de fijación elegidos por Rusia. La U. R. S. S., con más clara o menos diáfana conciencia de las coyunturas que le depara su posición mediterránea, parece intentar la puesta en práctica de la tesis defendida por Mackinder, a tenor de la cual, quien impere en el corazón del mundo mandará en la inmensidad eurásica; quien controle Eurasia dominará la Isla Mundial (Asia, Europa y África), y quien asiente su hegemonía sobre la Isla Mundial será en definitiva el soberano del mundo. Persigue Rusia, por consiguiente, una finalidad de ambiciones globales, frente a la cual sólo puede ser eficiente una concepción estratégica también de alcance ecuménico.

Ambas referidas posiciones precisan de continuidad en el esfuerzo, y tal persistencia exige a su vez que aquellos que encarnan una y otra de las dos mencionadas tendencias, no tropiecen con el obstáculo que representa la interposición de soluciones de conti-

nidad. A este respecto, la ventaja de Rusia parece evidente, y ello por consideraciones de tal volumen que convierten en factible la demostración de semejante tesis. Rusia, desde 1945, retiene en sus manos la iniciativa, ya que ésta precisa, para ser realidad, de la total ausencia de dudas y vacilaciones, y la diferencia posicional de ambos mundos hostiles, en lo que a esta posibilidad de continuidad en las aspiraciones finalistas atañe, es de indudable relevancia. Moscú, que controla Rumania, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y China, no tolera en el ámbito del mundo sometido a sus decisiones dictatoriales ni siquiera la invocación de meros reparos y, mucho menos, objeciones substanciales, y si unos y otras asoman, son implacablemente yugulados. Es cierto que un poder que se apoya en un tal sistema laminador posiblemente en el sucederse del tiempo acusará fatalmente lo que de endeblez encierra semejante sistema; pero parece igualmente innegable que, de modo inmediato y en tanto el tiempo no anacronice semejante táctica autocrática, ella depara a Rusia una superioridad episódica innegable. Lo cierto es que los propósitos de Rusia es preciso medirlos a escala global y sólo con arreglo a una parecida tabla de valoración puede y debe ser organizada la posible réplica por parte del mundo occidental periférico.

Hasta el presente, todo parece inclinarnos a inducir que el mundo occidental no ha podido captar el modo como ha de articular su inaplazable réplica, ya que el mayor dispositivo de reacción occidental conocido hasta el presente frente a la presión soviética, el Pacto Atlántico, es, como se deduce de su propio articulado y según hemos creído haber demostrado cumplidamente en momento oportuno, un acuerdo regional y, por tanto, no incluíble entre las tácticas de tipo global (véase Camilo Borgia Trelles: *El Pacto del Atlántico*. Ediciones del Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1950. Debe consultarse especialmente el capítulo XIII, titulado: «Alcance espacial, presente y futuro del Pacto Atlántico», páginas 425 a 461.)

Acaso se replique aduciendo que, dadas las dimensiones abarcadas por el Pacto Atlántico en el área geográfica de su convenida aplicación, parece inadecuado hablar en este caso de regionalidad; pero siempre encerrará evidencia la característica de que tal Pacto resulta ser espacialmente limitado frente a la virtual ilimitación topográfica de los designios soviéticos. Del contraste entre ambos propósitos finalistas diríase que, al fin, parecen comenzar a darse

cuenta cuantos con simbólica insistencia y a propósito del Pacto Atlántico, considerado como instrumento básico para más amplias realizaciones, aluden a la estrategia global, mencionan la interdependencia de los frentes polémicos y geográficos y propugnan la equitativa distribución de sacrificios. Ello, si algo significa, no puede ser otra cosa que la siguiente: el Pacto del Atlántico, precisamente por su significación reactiva y limitada en el orden del espacio, parece haber sido rebasado por los acontecimientos registrados con posterioridad a su puesta en vigor y requiere una inaplazable ampliación, tanto al mundo europeo (para el cual parece haber sido en principio ideado) cuanto al continente amarillo. Pero resulta que, una vez aceptada como buena esa inclinación hacia lo que llamaríamos «globalización» del Pacto Atlántico, asoman discrepancias calificativas y motivos de disenso. En Norteamérica aparece la opinión repartida entre europeizantes y asiaticizantes, y aun cuando en un supremo esfuerzo salvador se pretendiese acoplar ambas tesis disidentes, resultaría inevitable que al señalar en qué medida asoma la peligrosidad a lo largo de ese inmenso frente que limita en su parte sur al mundo stelitizado, y que se extiende sobre unas 20.000 millas, el asiaticismo y el euro-peísmo, tratasen respectivamente de pugnar por el reconocimiento de una tesis con preferencia respecto de la otra. Para la Europa occidental, el peligro evidente, inmediato, próximo, está en el viejo continente, y por ello la mayoría de los Estados europeos signatarios del Pacto Atlántico consideran con desconfianza y hasta dejan asomar su disenso respecto de cualquier medida que implique el situar ejércitos europeos en tierras asiáticas marginales, desplazamiento que, en la misma proporción, disminuye las posibilidades defensivas del amenazado viejo continente europeo. Esos reparos constituyen manifestación cierta de que los Estados que integran la llamada Comunidad Atlántica están bien lejos de sentirse inclinados a la aceptación de esa estrategia global, única reacción lógica y respuesta insustituible a la presión que Rusia se acentúa en esos extremos del dilatado frente potencial de más de 35.000 kilómetros, ejemplo, en el orden dimensional, inédito en los anales de la política internacional. Un incentivo capaz de conducir al abandono de eso que denominaríamos globalofobia occidentalista, pudiera consistir en considerar que, a medida que Rusia amplía su área de acción territorial con la adición de nuevos espacios satelitizados, en la misma proporción se agrava su pro-

blema de la necesaria articulación de sus líneas interiores de comunicación, y que en esa ampliación sistemática puede generarse lo que sería epílogo siniestro para la U. R. S. S. No olvidemos, a este respecto, lo que nos dice Toynbee a propósito de los Estados que aspiran a convertirse en universales; además que, según el exégeta británico, antecede indefectiblemente a su irremediable disolución.

Habiendo intentado valorar en qué sentido proyectan su influencia los factores geopolíticos, completemos al estudio dedicando preferente atención a consideraciones de tipo específicamente político.

LA SEDICENTE ARMA SECRETA RUSA

Consideramos que nueve años de «guerra fría» ofrecen, en cuanto experiencia consumada, punto de apoyo para ensayar la posible penetración en ese tan citado misterio, que algunos aseveran constituye nota esencial de la política internacional rusa a partir de 1945. Estimamos que es llegada la hora de intentar el logro de la eliminación de esa espesa niebla, más mitológica que meteorológica o polémica, que algunos aseveran utiliza Moscú para ocultar a Occidente cuidadosamente cuáles sean sus designios.

Una vez más, y a este propósito, vienen a nuestra memoria las palabras consignadas en las referidas «Filípicas» de Demóstenes. Aquellas advertencias que tan crudamente y con tal indiscutible acierto ponen al desnudo los graves errores cometidos por los atenienses, lejos de haber perdido actualidad la encierran, y acaso en forma palpitante. Esa longeva vigencia puede servirnos de apoyatura para decir algo a los lectores de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS en torno a la tan manoseada y supuesta arma dialéctica secreta manipulada por Rusia, con sedicente diabólica astucia, para desesperación y perplejidad de los Estados occidentales.

Ante todo permítasenos decir que consideramos que nadie puede discrepar respecto de un extremo: falta de capacidad e incluso ausencia de voluntad de la Europa occidental posbélica y ex beligerante para adentrarse en el salvador camino de su aglutinación. Desde 1945 parece predominar lo centrífugo sobre lo centrípeto en esta Europa alucinada ante lo que ella considera inevitable ofensiva rusa. Esa dispersión podía reconocer dos orígenes: o persis-

tencia anacrónica de lo que los norteamericanos denominan «municipalismo» europeo, o creencia en la inevitabilidad del dominio ruso en su marcha extensiva hacia Occidente, presunción ésta que lleva lógicamente a la desesperanza y explícitamente engendra la aparición de la doctrina que algunos rotularon monstruosamente con la denominación del «mal menor». Ese estado de espíritu llevó a muchos a considerar que sería acaso razonable la práctica de un sistema de avenencia respecto de Rusia, para alcanzar cuyo fin habría que aceptar como presupuesto el que Europa se desentendiese como sumiso cliente del duelo rusionorteamericano, reemplazando esa posición supeditada por la práctica de un neutralismo que tantos adeptos ha sumado en los medios intelectuales de la Europa derrotada y del viejo mundo aparentemente vencedor. Se agrega que, después de todo, esa parte de la opinión europea propugnadora de tal sistema no haría otra cosa que marchar a remolque de los Estados Unidos, donde en los años que subiguieron a la pasada guerra imperaba la política del apaciguamiento, defendida por Roosevelt en la primera etapa de la historia posbélica. Resultaría así que el neutralismo europeo no sería otra cosa que una versión, con distinto rótulo, del *apaciguamiento* norteamericano, a su vez manifestación indirecta del llamado neoaislacionismo.

Muchos de cuantos apoyaban, más o menos abiertamente, esa tesis neutralista vivían la ilusión de que Rusia, sabedora de que podría contar con la cooperación indirecta de la Europa ambigua y conformista, no extremaría su presión encaminada a la conquista de una pronta y total hegemonía. Pero el famoso e ingenuo sistema del *appeasement* sólo engendró como consecuencia el incremento del apetito ruso, agravándose su tendencia a la captación de nuevos espacios, a nuestro entender además suicida por parte de un país sin plétora demográfica ni déficit de alimentos y primeras materias. Tales adiciones territoriales, que culminan en el *putch* checo de 1948, alcanzadas mediante esa nueva modalidad de la anexión que es la satelitización, si bien se vieron facilitadas por la contigüidad y la ocupación, ello no quería decir que apelando al sistema de las quintas columnas, estas últimas, atendidas a su específica táctica de sembrar la diseminación en el mundo occidental, no pudiesen lograr nuevas sumas de espacio, y como quien carece de orientación cierta cae inevitablemente en el sistema de los saltos mortales, Europa y Norteamérica percibieron que a la marcha progresiva del imperialismo ruso, ambidextro en su

táctica expansiva, era preciso oponer algo más que el desistimiento de una Europa escéptica o el *appeasement* de una América limitada en sus concepciones y miope en sus puntos de vista. Es en esas circunstancias psicológicas como se generó el Pacto del Atlántico.

La finalidad de tal Convenio, como creemos haber demostrado en momento oportuno (Camilo Barcia Trelles, ob. y loc. cit.), consiste en articular un nuevo capítulo en la melancólica histórica de la desorientación posbélica de la Europa ex beligerante, y que lleva por título *Containement Policy*, y si como asegura el nuevo secretario de Estado norteamericano, Foster Dulles, lo dinámico predomina sobre lo estático y lo activo domeña a lo pasivo, parece oportuno inducir que el Pacto Atlántico, desprovisto de sentido constructivo y actuante y sólo encerrando mera significación reactiva, respondía de modo acaso acentuado a la versión episodista que de los Convenios internacionales nos legara Maquiavelo.

Ya constituía un poderoso *handicap* para los signatarios del Pacto Atlántico la circunstancia de que virtualmente dicho Convenio, en el mejor de los casos, sólo serviría como posible instrumento de obturación de un presente potencial de 900 kilómetros, cuando en realidad la dilatada frontera rusa, a lo largo de la cual, en mayor o menor medida, se corre un evidente peligro por parte del mundo occidental, alcanza una extensión de 35.000 kilómetros. Esto aparte, el Pacto del Atlántico no podía tener la virtud de acallar a los neutralistas europeos ni a los neoisolationistas americanos; unos y otros esperaban que Rusia diera muestras aparentes o reales de sus propósitos de avenencia para esgrimir ocasionalmente su tesis de la equidistancia entre dos mundos hostiles o aducir la conveniencia de proceder a la retracción de uno de los dos grandes bloques opuestos. De lo cual se deduce que tanto los animadores del Pacto Atlántico cuanto los voceros del neutralismo o del neoisolationismo marchaban a remolque de Rusia, como los atenienses a instigación de Filipo, aun cuando fuese por vía indirecta.

La U. R. S. S., parapetada tras de sus invulnerables y dilatadas líneas interiores, podía calibrar sin impaciencias lo que vivía en el Occidente europeo de resolución atlántica, o si por el contrario, imperaba la tendencia oculta, tendiente a convertir el Pacto de 1949 en un documento de tipo retórico. No fué grande la espera que debió impenarse Rusia para formar juicio exacto de la coyun-

tura que se le presentaba. Pronto llegaron a su conocimiento manifestaciones indiscutiblemente inequívocas, y de ellas podía colegirse que lo centrifugo, adobado y oculto tras estos o los otros pretextos, continuaba imperando en los medios ex beligerantes europeos. Ello se puso claramente de manifiesto a propósito del Tratado de Comunidad Europea de Defensa, signado en París el 27 de mayo de 1952, en un salón de la planta baja del Quai d'Orsay, cuando dicho Convenio fué llevado a las Cámaras de París y Bonn para su aprobación por ambos Cuerpos legislativos. El Gobierno de Pinay, en Francia, sabedor de que la solicitud de aprobación del Tratado de 27 de mayo podía transformar en actuante una crisis política ya en estado latente y que además plantearía un grave problema de tipo constitucional, ya que Herriot consideraba que tal Convenio vulneraba preceptos de la vigente Constitución francesa, optó por introducirlo en el frigorífico, además conservero que en definitiva no evitó que la crisis potencial se transformase en actual. En Bonn hemos asistido a la aparición de parecidas medidas dilatorias, también generadas en torno al problema de si el Tratado era o no constitucional y si el Parlamento de Bonn tenía o no facultades para aprobarlo, problema que se difirió, recurriendo a la Corte de Karlsruhe. Así resulta que Francia y Alemania, por caminos confluyentes en su desenlace y parecidos en el recorrido, parecen optar por la adopción de coincidentes sistemas dilatorios, cuya perduración siempre constituirá motivo de esperanza tanto para los obstinados neutralistas franceses cuanto para los alemanes, aglutinados ocasionalmente en torno al tan reiteradamente invocado *slogan* «Ohne Uns». Así, a la ineficiencia o si se quiere al inevitable anacronismo en que ha caído el Pacto Atlántico sería indicado agregar la posible estrangulación del Convenio de Defensa Europea, que equivaliendo en cierto modo a complemento del anterior ni siquiera llegaría a adquirir fuerza legal, y si la alcanzase sería a renglón seguido de una tarea de revisionismo, a la cual se alude sin ambages a uno y otro lado del Rin. Todo este panorama confuso y preocupante acaso no resulte serlo tanto si en vez de hacer alto en este lugar de nuestro proceso lógico nos decidimos a recorrer íntegramente la ruta exegética iniciada.

El Tratado de Comunidad de Defensa Europea, precisamente por implicar necesariamente el rearme alemán, ha suscitado reacciones dispares; entre éstas es preciso destacar la francesa, posición que si acaso puede explicarse ya no resultaría tan hacedero el

justificarla, lo primero si tenemos en cuenta lo que nos enseña como experiencia aleccionadora la moderna historia francoalemana, lo segundo si consideramos que en torno a la ratificación del Convenio de 27 de mayo se está ventilando la posible reedificación europea. En Francia se percibe la existencia de un complejo de temor ante la posibilidad de un rearme alemán que, caso de no generarse dentro de los límites condicionados del Convenio del 27 de mayo, como de todos modos lo reputamos inevitable, acaso podría implicar por otros caminos presumibles la recuperación del pasado protagonismo germano en el juego de fuerzas europeas. Tal peligro puede exculpar la suspicacia francesa, pero ya dijimos que no resultaría tan fácil justificar semejante suspicacia francesa. Francia debía reconocer de una vez y para siempre que Europa, si ha de ser algo más que una mera expresión geográfica, y aun en este sentido desdibujada, no puede rehacerse partiendo de la carencia alemana; que si el protagonismo germano se regatea con notoria reiteración resultará que Europa caerá verticalmente en la ineficacia y no podría cumplir la misión que se le asigna de actuar como elemento de equilibrio frente a la actual preponderancia rusa y como único modo posible de atenuar esta última. Europa puede salvarse con la cooperación alemana, dispensada con propósitos constructivos y pacíficos; el viejo mundo se hundirá si Alemania no coopera en la tarea de aglutinar esta Europa posbélica dispersa. Es con vistas a esta disyuntiva como Francia debe orientar sus reflexiones, considerando lo que sería Francia en una Europa derrumbada e impotente, y como tal abierta y predestinada a la absorción realizada en exclusivo beneficio de la U. R. S. S.

Así calibradas las responsabilidades y considerando lo que hay de capacidad dialéctica, constructiva, destructiva o suicida, a uno y a otro lado del Elba, consideramos, aún más que inocente, punible el aseverar que Rusia maneja un arma secreta a base de refinada astucia dialéctica cuando en realidad es la Europa occidental posbélica la que por su al parecer incurable municipalismo está facilitando la tarea infiltrante de Rusia.

No creemos agotado el tema, consistente en determinar en qué medida la inconsciencia o la miopía europeas contribuyen a fortalecer la tesis rusa de la «guerra fría». Otro elemento de juicio consideramos merecedor de especial atención, ya que desdeñarlo o silenciarlo intencionalmente equivaldría a prescindir de un factor que en medida poderosa puede contribuir al esclarecimiento

de la cuestión que estamos analizando. Ese elemento de juicio lo perfilaremos seguidamente.

Sea cual fuere la política internacional programada por un Estado con vistas a su posible realización en un más o menos dilatado período de tiempo, lo que parece revestir la condición de imprescindible es lo que sigue: una vez perfiladas las líneas vertebrales de la política internacional ésta debe ser realizada, sin tropezar con el obstáculo representado por la interposición de alteraciones políticas o simplemente vacilaciones nacionales. En la actualidad la inevitable discontinuidad política en los regímenes más o menos acentuadamente parlamentarios no debía afectar para nada al mantenimiento de una línea constante en materias de política internacional. Sin embargo, no es eso lo que estamos registrando; lo sucedido en este lapso de tiempo que separa a las elecciones presidenciales norteamericanas de la toma de posesión por Eisenhower de la Casa Blanca lo evidencia bien cumplidamente. Por ello Dean Acheson al intervenir en la décima sesión del Consejo del Atlántico actuaba en realidad como un secretario de Estado en período preagónico, y los representantes de los otros Estados miembros, captando lo que esta interinidad suponía, sabían que aquella reunión tenía todo el aspecto de una asamblea de mero trámite, consecuencia grave respecto de un Pacto cuya eficiencia radica en la puesta en marcha progresiva, inmediata e ininterrumpida de sus cláusulas. Estos altos en el camino, sumados a las ya consignadas paralizaciones respecto del Convenio de la Comunidad Europea de Defensa, son como angustiosas interrogantes, ya que nadie puede predecir y aun menos garantizar que la nueva administración norteamericana se aparte de la política internacional vacilante y desorientadora del Presidente Truman. Salvando las naturales diferencias, lo propio podría decirse respecto de Alemania, donde en agosto de 1953 habrá de procederse constitucionalmente a la renovación del Parlamento de Bonn, y parece aventurado asignar a un Parlamento la grave misión de aprobar ahora el Convenio de 27 de mayo, finalidad que, aun alcanzada, podría abrir, en Alemania una crisis constitucional de incalculable trascendencia.

Se nos dirá que tales inconvenientes no son achacables específicamente a nadie y que, por el contrario, son el fruto natural de la acción recíproca de todos esos elementos de compensación política, beligerantes en los países citados. Nos hacemos cargo de la objeción, pero el reparo parece volverse precisamente contra quie-

nes lo esgrimen, a los cuales podríamos oponerles esta objeción: si Norteamérica, habitualmente con razón, ha podido reprochar a la Europa occidental lo que ella bautiza con la denominación de increíble municipalismo; si se considera que su experiencia aglutinadora a escala continental debiera encontrar plural en el viejo mundo, ambos excusables reproches debieran servir a los Estados Unidos para retirar de los mismos una enseñanza que tanto aprovecharía a ellos como a la sedicente Europa satelizada, y es que la armadura constitucional de los Estados llamados a integrar el Pacto del Atlántico y la Comunidad de Defensa Europea (entre los cuales incluimos naturalmente a Norteamérica), concebida como lo está a escala de rígida soberanía nacional, resulta ser como una camisa de fuerza aplicada a esta alucinada Europa y a la pendular Norteamérica, y en este sentido nos descubre una evidencia: que el Estado nacional concebido estilo siglo XVIII ha sido irremediablemente superado; prueba de ello son esos intentos encaminados a la articulación de Europa mediante la edificación de superestructuras tales como el Pacto del Atlántico, el *Pool* del carbón y del acero, el Convenio de la Comunidad Europea de Defensa, todas ellas sólo viables si se logra romper ese telón de acero representado por los que denominaríamos constitucionalistas anacrónicos. Esas tendencias superestatales, que viven igualmente en una y otra orilla del Atlántico (acaso menos acentuadamente en la costa americana, por cuanto en aquellas orillas se cree lograda la superación de la soberanía con la estructura federal), sólo pueden significar que nos encontramos en un período de inevitable transformación, dejando a nuestra espalda la figura anacrónica del Estado absoluto e incondicionalmente soberano, y cuanto antes dejemos por la popa esos residuos de algo que no puede ser objeto de galvanización tanto más fácil será al mundo de Occidente salir de este atasco posbélico y poner así fin a esa auténtica mitología de la astuta dialéctica rusa, que en esencia no es otra cosa que explotación hábil de la miopía occidental y de las inquietantes inclinaciones suicidas de un mundo que al prolongar su actual dispersión no hace otra cosa que agravar y abreviar el proceso de su agonía. No se olvide nunca que la prolongación del actual municipalismo europeo y del americano (que también constituye lamentable realidad) es lo que asegura y fortalece la vigencia de la «guerra fría» y permite a Rusia seguir manipulando su sedicente arma secreta, artilingo que, a nuestro entender, constituye un auténtico secreto a voces.

POLÉMICA DEL NEOCOLONISMO

No sólo de perplejidades e incertidumbres está profusamente salpicado este mundo posbélico; también en esa siembra de elementos alterantes sería preciso incluir las paradojas. De entre éstas queremos referirnos de modo inmediato a la siguiente: dos Estados, como consecuencia de la alteración registrada en la relación de fuerzas posbélicas supervivientes en presencia, han pasado a ocupar un primer plano, encarnando respectivamente, a la vez que una suma acumulada de poder, posiciones doctrinales inadaptables por contenido y destino respectivo. Pese a la evidencia de tal antítesis, ello no excluye que en ocasiones, y aun persiguiendo destinos finalistas desemejantes, se aprecie una cierta confluencia epilógica en los discrepantes. Tal fenómeno se refleja en las manifestaciones anticolonistas, personalizadas tanto en la U. R. S. S. cuanto en los Estados Unidos. No se ha calibrado hasta el presente lo que esa doble y paralela presión significa en el sentido de acentuar la complejidad de los problemas hoy pendientes de inaplazable solución. Intentemos realizar tal balance.

El anticolonismo norteamericano se apoya más bien en consideraciones de índole tradicional, considerando los Estados Unidos que si antes de alcanzar la independencia ostentaron la condición de colonia británica esa experiencia por ellos realizada, por pura lógica histórica y hasta por motivos de consecuencia, debe llevarlos a considerar con simpatía todo movimiento generado en territorios coloniales o protegidos y tendente al logro de la manumisión política. El anticolonismo ruso responde a motivaciones distintas. Rusia no podía ser potencia colonial, aun cuando lo intentara prematuramente, en los meses que antecedieron a la aparición de la doctrina de Monroe, de la cual ese además ruso constituye específico incentivo del histórico mensaje de 1823. Esa incapacidad dimana de las siguientes consideraciones fácticas: para adentrarse en actividades de tipo colonial, que han de ser necesariamente ultramarinas y extracurópeas, Rusia precisaba previamente asomarse a los caminos del mar; las vías acuáticas que se le ofrecían en cuanto objetivos captables de modo inmediato sólo podían aprehenderse instalándose en el Báltico, en el Negro o en el mar de Osetch; instalarse en esas especies de cabezas de puente interoceánico implicaba como imprescindible antecedente dominar tierras pru-

sianas, convertir la Sublime Puerta en sublime portero moscovita y adentrarse en la inmensidad asiática para establecer contacto con el Pacífico norte. Ninguno de tales objetivos, sucesivamente perseguidos, fué plenamente logrado hasta el presente, y ello explica que sin escribir el prólogo Rusia no estuviese en condiciones de llegar al epílogo colonial. No obtuvieron más éxito los esfuerzos encaminados a llegar a la India por vía terrestre, ya que el adversario dominaba a la sazón el mar, del cual era Rusia virtual prisionero. Además Rusia buscaba en su posible expansión colonial un complemento a su poder, en tanto un parecido dominio por parte de Inglaterra afectaba sustancialmente a la vida de lo que estaba comenzando a ser primer imperio británico. De ahí la lucha decidida y la reacción implacable y persistente de la ballena británica frente a los zarpazos, acaso prematuros, del plantígrado estepario. Ese camino que se abría a Rusia, rutas que era preciso recorrer sucesivamente, no pudo ser alcanzado. Pero ahora Rusia alteró su objetivo, y en vez de practicar un colonismo irrealizable optó por invertir los términos de la cuestión, prestando apoyo a todo movimiento anticolonista.

Es que la U. R. S. S. percibe cómo uno de los elementos a la vez de fortaleza y debilidad del mundo capitalista está constituido precisamente por esos amplios imperios coloniales, y para servir la obsesión soviética, cifrada en el objetivo de acelerar lo que Rusia considera como proceso de descomposición inevitable del mundo capitalista, respalda en las áreas coloniales todo movimiento emancipador respecto de la metrópoli.

No se induzca del estudio paralelo que antecede que la peligrosidad del anticolonismo arranca sólo de los designios soviéticos, ya que una buena parte de la reciente agravación del problema colonial alcanza a los Estados Unidos. Norteamérica pisa terreno dialécticamente firme cuando sostiene que el destino inevitable de toda colonia ha de encontrarse en su manumisión, a medida que las tierras supeditadas a la metrópoli fortalezcan la conciencia de su propio desenlace y progresen en el camino de su capacitación política. Pero a este propósito no se puede, como dirían los franceses, quemar las etapas, y si constituye elemento de peligrosa confusión en el actual mundo internacional el acuciamiento por parte de Rusia del malestar de los pueblos coloniales, no menos complica el problema el afán de propugnar y respaldar manumisiones notoriamente prematuras, ya que decretadas en tales condiciones

no sólo se amengua la inestabilidad política de los irredentos, sino que en ocasiones se agrava. Tales enseñanzas, que nos parecen claramente desprendidas de recientes experiencias, no han sido tenidas en cuenta por Norteamérica, especialmente por Roosevelt, cuyo anticolonismo picado de tal modo contribuyó a acentuar el malestar del mundo posbélico.

Podríamos decir que desgraciadamente ha sido pronunciado el *alea jacta est*, y sólo con la alteración meramente topográfica día a día, en los múltiples puntos alejados del mundo colonial, asoman manifestaciones de creciente inquietud. Tal inestabilidad, acentuada peligrosamente en estos años posbélicos, no afectó por igual a todas las naciones metropolitanas. Unas, aleccionadas por su vieja experiencia, supieron reaccionar a tiempo, reactualizando su orientación en materia colonial, acoplándose a las nuevas exigencias e intentando evitar la ruptura inevitable, para lo cual pusieron en práctica un sistema de progresiva autonomía, acordada a las partes integrantes del imperio ultramarino, y percibieron que era preciso abandonar la inflexibilidad totalitaria de potencia metropolitana. Tal ha sido el caso de Inglaterra, que ha sabido transformar una buena parte de su imperio originario en lo que hoy se denomina British Commonwealth of Nations.

Otros Estados, sin duda más absorbidos y requeridos por las inquietudes de tierra firme, consideraban el mundo colonial como un lejano y difuso complemento, haciéndose la ilusión de la perdurabilidad del sistema metropolitano, y sólo a última hora y con evidente ademán anacrónico intentaron realizar lo que Inglaterra había llevado a cabo a lo largo del dilatado período de adaptación y tanteos y siempre bajo el influjo de aquello que se denominó la «histórica lección de 1776». Tal ha sido el caso de Francia, articulando con notorio retraso el proyecto de Unión Francesa, artículo inactual, por cuanto la nación metropolitana en este caso concreto había dejado pasar su coyuntura histórica.

Esa serie de elementales consideraciones explicará al lector el difícil trance por que Francia atraviesa en la hora actual, especialmente en Túnez y Marruecos. Antes estos problemas no rebasaban lo que pudiéramos denominar área metropolitana, quedando reducidos a pleitos en los cuales actuaban únicamente como discrepantes la metrópoli y las colonias o los protectorados. Téngase en cuenta que al mencionar las colonias y los protectorados no lo hacemos de modo indistinto, por cuanto decir colonia equivale a

referirse a una prolongación imperial en período retrasado de evolución política y mencionar protectorado significa aludir a territorios cuya ausencia de capacitación política no era total en el instante de articularse el sistema tutelar, lo cual quiere decir que la tarea del protector es limitada en el tiempo.

Hoy asistimos a una cada vez más acentuada internacionalización de tales cuestiones, y frente a esa transformación registrada de nada valen gestos tardíos como los que Francia nos brindó aduciendo a propósito de Túnez y Marruecos que se trata de problemas en los cuales la O. N. U. no puede intervenir y agregando que toda inmixción de la O. N. U. valdría tanto como desconocer los derechos del Estado protector. Esta especie de veto que Francia adujo ante la Asamblea General reciente no parece fácilmente justificable, ya que si toda sería amenaza a la paz y a la seguridad internacionales interesa y afecta a la O. N. U. (arts. 1-1.º, 2-6.º, 11-2.º, 24-1.º) parece innegable que esas manifestaciones de hondo malestar registradas en el África francesa encuentran eco no sólo genérico en la posible estabilidad del mundo posbélico, sino específicamente en el mundo árabe, cuyo creciente neutralismo tanto interesa acuciar a Rusia para ver de transformarlo en disentimiento respecto de los Estados occidentales.

Además se entrecruzan en este laberíntico camino polémico consideraciones de tipo estratégico, por cuanto los Estados Unidos consideran que su sistema defensivo de contención y su concepción de la seguridad periférica no pueden construirse debidamente si las bases territoriales sobre las cuales ha de apoyarse se transforman en zonas neurálgicas y núcleos de inquietud e inestabilidad política. Así la telaraña posbélica se hace más tupida y en la misma medida se posibilita que la técnica de la «guerra fría» se fortalezca mediante la siembra de nuevas interrogantes a lo largo y a lo ancho del mundo posbélico. Todo lo cual afecta igualmente de modo sustancial a Europa, cuya única droga capaz de atenuar y detener su avanzado proceso esclerótico se encuentra en África, continente hoy afectado a la vez por las inclinaciones disolventes de Rusia y por la perceptible desorientación imperante en ciertos sectores columbrantes del mundo norteamericano.